

**Polibio y las razones de la victoria romana sobre los reinos helenísticos:
*El rostro de la Batalla en la Antigüedad***

Polybius and the reasons for the Roman victory over the Hellenistic kingdoms: "The face of the Battle" in Antiquity

Nicolás Llantén Quiroz*

RESUMEN

El presente trabajo expone en contexto las razones de la victoria romana sobre las armas de los reinos helenísticos en diferentes guerras, según las propuestas de Polibio. En ellas determinaremos que tan importantes resultan las razones operacionales y logísticas sobre las mismas y la importancia que reviste para los romanos su capacidad de adaptación y flexibilidad, que son precisamente el tipo de análisis que propone el autor inglés John Keegan en su conocido texto "El rostro de la Batalla", con el fin explorar otros aspectos más profundos del relato político-operacional bélico.

Palabras claves: Falange, legión, Polibio, *sarissa*, flexibilidad, adaptabilidad, batalla decisiva.

ABSTRACT

The present work exposes in context, the reasons of the Roman victory over the weapons of the Hellenistic kingdoms in different wars, according to the proposals of Polybius. In these reasons, we will determine how important are the operational and logistic reasons about themselves and the great importance for the Romans and their capability of adaptation and flexibility, that are precisely the kind of analysis that proposes the English author John Keegan in his known book "The Face of Battle", aimed to explore other deeper aspects of the political-operational war story.

Key words: Phalanx, legion, Polybius, *sarissa*, flexibility, adaptability, decisive battle.

Recibido: agosto 2018.

Aceptado: diciembre 2018.

Las razones de la victoria: el libro XVIII de las *Historiai*.

Como bien sabemos por la obra de Polibio, su manera de plantear los hechos y desarrollar los acontecimientos siempre reviste un importante componente: el develar las causas del mismo para así comprender de una manera mucho más amplia las consecuencias que desarrollará. Es decir, la historia como tal para Polibio tiene un sentido eminentemente práctico que se vincula

* Licenciado en Historia y Cs.Sociales por la Universidad de Valparaíso, Magíster en Historia (UNAM, México). Actualmente se desarrolla como profesor de cursos de formación general (CFG) en la Universidad Diego Portales (UDP). Email: nico.historia.uv@gmail.com.

siempre a conocer y entender las razones del “por qué”, no conformándose con meramente narrar lo sucedido¹.

De esta manera, al relatar los acontecimientos de la III Guerra Macedónica (171-168 a.C.), decide hacer un pequeño alto reflexivo, tratando de explicar las razones del triunfo de los romanos sobre los macedonios de Perseo, en la batalla de Cinocéfalos (197 a.C.). Situación que se expone en el libro XVIII, entre los capítulos 28 y 32.

Para Polibio, básicamente la razón de la victoria romana estriba en la capacidad de resolver problemas y enfrentarlos, algo muy propio de los latinos, debido fundamentalmente a la experiencia de combate adquirida durante siglos. Esa misma experiencia es la que permitiría, entonces, comprender que básicamente el combate en sí mismo es solo un punto de muchos que definen la victoria o la derrota en una guerra. De esta manera, comprendemos que, por una parte, el análisis polibiano se mueve por tres líneas discursivas, a saber; la capacidad del mando de los ejércitos enfrentados, la superioridad tecnológica en armamento y maquinaria y finalmente, la comparación directa entre falange y legión, su capacidad de maniobra y sobre todo, su adaptabilidad².

En el primer punto, para Polibio, la capacidad del mando de los generales y sus subordinados es lo que permite mayormente conseguir la victoria, y cuando se carece de los mismos o bien no son de buena “calidad”, es que prácticamente la guerra está perdida de antemano. Esto explicaría, por ejemplo, la victoria romana sobre Cartago, venciendo a su peor enemigo, Aníbal, el cual solo sería derrotado por hombres como Escipión, capaces de aprender del cartaginés y conseguir ventajas sobre su rival a pesar de las constantes derrotas. Lo mismo nos presenta cuando se refiere a Pirro, el famoso rey epirota que al luchar contra los romanos y comprender lo bueno que tenía la tropa y táctica latina, decide incorporarla a su ejército y aplicarla, pero como bien sabemos no pudo cambiar, finalmente, el resultado de la guerra³. El componente de la razón y la importancia del buen uso de la inteligencia en el campo de batalla es determinante en sí misma, más que el solo posicionamiento de los ejércitos uno frente al otro. El buen mando y la fortuna o vicisitudes que este encuentre en su camino es uno de los puntos más claves en la resolución del conflicto⁴.

Por otra parte, al parecer Polibio nos muestra que el tipo de armamento que utilizan ambos ejércitos les permite llevar a cabo las tareas requeridas por ambas maneras de combatir. Las largas picas de los falangitas, conocidas como *sarissas*, permiten que el ataque frontal de la unidad sea prácticamente irresistible desde el frente, gracias a la longitud de las mismas y al hábil manejo por parte de la tropa. Así también el armamento romano, con su variedad en tipos de

¹ Polibio. IX, 2.

² *Ibid*, XVIII, 28, 2-5.

³ *Ibid.*, XVIII, 28; 6-11.

⁴ *Ibid.*, II, 7-8.

unidades y equipos, se encuentra perfectamente adaptado para el despliegue y el correcto desarrollo del combate individual propuesto por los legionarios romanos. Ahora bien, se explica también que son ambos capaces de incorporar armas y elementos mejores de los otros cuando es necesario o bien cuando sus virtudes son mayores que las propias. Es decir, no existe una especie de limitante que determine el uso de ciertos elementos, más bien estos se ajustan a los requerimientos del servicio y son vistos como verdaderos “potenciadores” de la fuerza militar propia. Volvemos al punto de Aníbal en este caso, que según explica Polibio, no tuvo problemas en equiparse y utilizar contra los propios romanos todo el armamento y elementos defensivos que estos perdieron luego de las sucesivas derrotas en la campaña italiana (218-202 a.C.), en donde destaca la famosa batalla de Cannas⁵.

Finalmente, el aspecto fundamental que nos muestra Polibio tiene que ver con los sistemas de combate, es decir, con las formaciones de falange y legión respectivamente. Enuncia que la ventaja de la falange radica en la fortaleza de sus líneas y también lo compacto y cohesionado de la mezcla entre hombres y picas, lo que la hace prácticamente impenetrable contra ataques frontales, formando un “erizo” firmemente montado contra los enemigos, lo que evidencia la imposibilidad de realizar cualquier ofensiva directa en su contra sin provocar un importante número de bajas⁶. Ahora bien, en esta misma fortaleza radica su gran vulnerabilidad. Según Polibio, la imposibilidad de maniobrar en otro sentido que no sea hacia adelante, genera una enorme incapacidad de enfrentarse a otros tipos de ataque que no sean necesariamente frontales. Lo mismo ocurre a nivel estratégico. Los comandantes que utilicen esta formación como base de su ejército, necesariamente tienen que buscar aquellos terrenos y lugares geográficos en los cuales la falange pueda desarrollar el máximo de su potencial. Éstos corresponden a lugares llanos, casi sin accidentes geográficos y que tengan una gran extensión que les permita dar un margen de maniobra adecuada a todos los cuerpos que componen la falange. Lugares estrechos, con montañas, barrancos, vegetación extensa o ríos son prácticamente imposibles de manejar para un ejército falangítico, puesto que no les permite disponerse en el campo adecuadamente⁷. Esto reduce ampliamente las posibilidades estratégicas del comandante y los mandos de dicha tropa, debido a que por las necesidades expuestas, necesariamente se deberá buscar por parte de las fuerzas falangíticas lugares que se ajusten a dichas prerrogativas, disponiendo entonces el enemigo de una enorme ventaja si es que conoce el terreno, sabiendo donde buscar y atacar a la falange en todo momento para evitar que consiga su objetivo.

Por tal razón, la causa fundamental de la victoria romana, según Polibio, radica en su flexibilidad y posibilidad de enfrentar los problemas donde se presenten, sin importar ni la

⁵ *Íbid.*, XVIII, 28; 9-10.

⁶ *Íbid.*, XVIII, 30; 1-5.

⁷ *Íbid.*, XVIII, 31; 5-8.

orografía, ni otros posibles problemas para desplegar el ejército. De esta manera, al comandante romano y sus delegados se les presenta una ventaja estratégica mucho mayor que a sus homólogos helenísticos, pudiendo enfrentar al enemigo donde se presente la oportunidad sin la necesidad de utilizar únicamente un tipo de terreno y con determinadas características. Por otra parte, permite también extender las luchas y evitar las derrotas totales, en vista que no toda la posibilidad de victoria o derrota en una guerra por medio de batallas decisivas se vuelve una necesidad imperiosa como en el caso de la falange. Esto explicaría, por ejemplo, que si bien la legión romana pueda perder batallas frente a la falange (como ocurrió con Pirro), a la larga la victoria romana estaba prácticamente segura, gracias a que su facilidad para adaptarse al terreno y sacarle la mayor rentabilidad, le permitía mantener las operaciones mucho más tiempo, pudiendo presentar batalla en lugares mucho más complejos y en menor tiempo que su rival helenístico. Además, por si esto no fuera poco, la forma de combatir de la legión en el campo, en donde el legionario posee un amplio espacio donde poder desenvolverse con sus armas, en conjunto con la flexibilidad de la maniobra y la posibilidad de atacar en diferentes momentos (*ímpetus*), no dependiendo solo de una única carga, genera sin duda una ventaja táctica sin igual. Polibio lo expone de una manera mucho más clara:

“En cambio, la formación romana es óptima, pues todo romano, una vez se ha armado y se dirige al combate, está equipado para cualquier lugar y cualquier ocasión, contra cualquier aparición del enemigo. Y está dispuesto y está, igualmente, bien preparado tanto si se trata de una batalla decisiva como de un combate parcial: luchará por manípulos o individualmente. He aquí por qué, siendo mucho más efectivo el uso de las partes, sucederá que el resultado corresponde mucho más a los proyectos de los romanos que a los de los otros”⁸.

Como podemos apreciar, la victoria romana sobre los ejércitos helenísticos tiene un componente que no es solo apreciable en aspectos netamente tácticos, sino también en lo referente a la situación de lo que en las academias militares se conoce como la “gran estrategia”, que involucra agentes como la orografía, la logística, la infraestructura, etc. Esa capacidad de movilidad y maniobra desconocida para los contingentes de los sucesores de Alejandro, terminó por socavar el modelo que el macedonio y su padre habían impulsado como el mejor elemento para alcanzar la victoria en el mundo antiguo. Para Polibio, la legión romana es el culmen del desarrollo de las capacidades bélicas de un ejército, que por una parte, a nivel táctico y de maniobra es mucho más eficiente, pero también lo es a nivel macro, puesto que posee una mayor capacidad de desplazamiento y de enfrentamiento ante sus enemigos, pudiendo sostener una multiplicidad de ejércitos y operaciones sin tener la necesidad de encontrar el campo de batalla específico, o bien la conocida batalla decisiva.

⁸ *Íbid.*, XVIII, 32, 10-12.

De esta manera, y para desarrollar un análisis más completo de dichas batallas es que utilizaremos al autor inglés John Keegan, quien en su texto “El Rostro de la Batalla” (publicado en 1976) desarrolla el concepto de «piezas de batalla», el cual refiere una utilización política, patriótica o incluso propagandística, destinada muchas veces a conseguir motivar al lector a ser parte de un relato político de nivel nacional o bien, (como es el caso que el plantea con respecto a César y sus *Comentarios*), con el fin de legitimar el actuar propio de un personaje que pretende el poder total en un sistema político que frena dichas aspiraciones personales⁹. El método de Keegan es bastante simple, pero no menos clarificador. A través de un análisis de discurso, en los diferentes ejemplos que explica en su libro,¹⁰ el autor nos presenta como el hecho mismo de armas se ve muchas veces condicionado por posturas políticas, culturales e incluso ideológicas que muchas veces escapan de la batalla misma y generan interpretaciones que, la mayoría de las veces poco tienen que ver con el enfrentamiento directamente. De un modo aleccionador, la batalla y sus participantes se vuelven “héroes”, sujetos casi atemporales que dentro de una gesta mucho mayor, se sacrifican en aras de un ideal mucho más vasto, como puede ser el Estado, la religión, la libertad, etc. El móvil puede ser distinto, pero el accionar generalmente es el mismo, lo que conlleva esta idea del sacrificio, muy asociado al período del romanticismo literario en el que fueron desarrolladas. Ahora bien, Polibio, no pretende hacer burda propaganda del objeto de estudio que analiza, sino que más bien trata de ser mesurado y en su limitado campo de investigación, pretende dar sentido y respuesta a la gran pregunta que recorre el mundo helenístico en ese momento: ¿cómo es posible que una aldea perdida en el centro de Italia pueda derrotar a los grandes ejércitos de Alejandro y sus herederos?

A modo de síntesis, entonces, nuestro modo de presentar esta investigación será el siguiente: utilizando la obra de Polibio, analizaremos las batallas de Heraclea (280 a.C.) y Asculum (279 a.C.), derrotas latinas; las victorias romanas de Cinocéfalos (197 a.C.) y de Pidna (168 a.C.) y victoria romana en la batalla de Magnesia (190 a.C.), por medio de la metodología propuesta por John Keegan en su texto “El Rostro de la Batalla”, en donde utilizando la conceptualización de una «pieza de batalla», desarrolla su propuesta de las perspectivas manejadas y el modo en que el relato de un combate es utilizado¹¹, para conseguir ciertos objetivos, ya sean políticos, sociales, culturales, etc. De esta manera, podremos exponer una nueva forma de interpretar los relatos de batallas en el mundo antiguo y también comprender de una mejor manera el trasfondo político y cultural que expone Polibio en su obra, buscando responder la pregunta que mencionamos más arriba.

Ante esto, explicaremos en nuestro siguiente apartado el contexto que presentaban en la época ambos ejércitos y sus formas de lucha que como veremos, más que considerarse a cada

⁹Keegan, J. 2013. *El Rostro de la Batalla*, Madrid, Turner, p. 43.

¹⁰ Hablamos de las batallas de Agincourt, Waterloo y el Somme, que son analizadas según este método.

¹¹ Ídem.

una como un sistema opuesto, más bien parece que se complementan y presentan en ambos muchos puntos acercamiento y adaptación entre ambos.

Los ejércitos helenísticos y romanos: creaciones y adaptaciones complementarias.

Sabido es que con posterioridad a la muerte de Alejandro Magno, sus generales y sucesores, conocidos como *διάδοχοι* (diádocos), se enfrentaron violentamente en sucesivas guerras unos contra otros por la gran herencia que dejaba el conquistador macedonio a su muerte, en 323 a.C. Si bien podríamos decir que prácticamente el modelo de ejército propuesto por los reyes macedonios se mantuvo, sin duda que hubo de adaptarlo a las diferentes necesidades que se presentaban y, cuando era posible, suplir algunas carencias en el mismo con tropas y elementos que le permitieran potenciar o bien remediar dichas privaciones.

Básicamente, la columna vertebral de los ejércitos helenísticos seguía siendo, como en los tiempos de Filipo y Alejandro, los *πεζέταιροι* (falangitas) armados con sus largas *sarissas*, una especie de pica de entre 5 y 8 metros de largo¹². Iban protegidos con un casco, generalmente en esta época de tipo tracio o bien de otros aptos para el servicio, corazas conocidas como *λινοθώραξ* (linothorax), que reemplazaban a las de metal de la época clásica, grebas de bronce y un pequeño *aspis* o escudo, similar al anterior de los hoplitas, pero con un diámetro menor, debido a la necesidad de sujetar las *sarissas* con ambas manos¹³. Formaban un frente firme, cerrado, de 16 filas de fondo que avanzaba lentamente en dirección hacia el enemigo con las puntas de las cinco primeras filas en posición de ataque, mientras las siguientes se ubicaban sobre los hombros de las anteriores, elevando cada una de ellas poco a poco, buscando con esto proteger a las filas delanteras (cuyas *sarissas* sobre salían entre 3 a 4 metros desde la primera línea)¹⁴. Asclepiodoto, autor contemporáneo que pudo apreciar de primera fuente la composición de la falange, lo explica de la siguiente manera:

“Porque cuando la línea consistía en ocho hombres, ocho líneas constituían el cuadro, el cual, alejado de todos los destacamentos, en razón de la misma longitud de los lados de la formación, podía oír igual de bien las órdenes de cada cuarto y así se llamaba apropiadamente una compañía; cuando, sin embargo, la línea se duplicó más tarde, el batallón (*syntaxiarchia*) constituyó el cuadro, y, como consecuencia incluyó los supernumerarios.

Dos batallones se llaman regimiento (*pentakosiarchia*), y su comandante un coronel (*pentakosiarques*), y dos regimientos una brigada (*chiliarchia*) y su comandante un general de brigada (*chiliarches*), y dos brigadas se llamaron anteriormente un ala y un complemento (*telos*), y su líder como comandante del complemento (*telarches*), pero luego se lo llamó

¹²González M., Cristina. 2016. *La sarisa macedonia*, Universidad Autónoma de Madrid, Trabajo final para obtener el grado en Ciencias y Lenguas de la Antigüedad Madrid, pp. 20-22.

¹³Anglim, S. (et al). 2007. *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo*, Madrid, Libsa. p.36.

¹⁴ Pol., XVIII, 30, 9-11.

división (*merarchia*), y su líder como comandante de división (*merarches*); dos divisiones, en consecuencia, todavía se llaman cuerpo (*phalangarchia*), así como medio ala (*apotome keratos*), y su comandante, antes general, ahora es comandante de cuerpo (*phalangarches*); cuando el cuerpo o medio ala se dobla, es un cuerpo doble (*diphlangia*) y un ala (*keras*), y su comandante un comandante de ala (*kerarches*); y, finalmente, la unión de las dos alas se llama ejército (*phalanx*), bajo el mando del general, que comprende 2 alas, 4 cuerpos o medias alas, 8 divisiones, 16 brigadas, 32 regimientos, 64 batallones, 128 compañías, 256 pelotones, 512 líneas dobles y 1024 líneas”¹⁵.

Se avanzaba a paso lento y firme, al compás de las órdenes y señales que dictaban los oficiales, con el fin de desbaratar un posible ataque frontal, evitando por cualquier forma que las filas se quebrasen o desalineasen, ya que el más mínimo punto débil desbarataría toda la formación¹⁶. Por esta razón, se comprende que ya por esta época los soldados que integraban los ejércitos tanto de Alejandro como de los *diádocos* debían ser hombres extremadamente curtidos en el arte de la guerra, profesionales en gran medida que debían ser mantenidos exclusivamente por parte del Estado para dicha función, evitándose de esta manera contar con levadas o bien con los antiguos contingentes de las *poleis* helénicas, quienes salvo por los espartanos, no tenían el adiestramiento adecuado y necesario para luchar en esta nueva estructura¹⁷.

La falange no luchaba sola. Tal como mencionan los trabajos de investigadores actuales como Fernando Quesada¹⁸, Victor D. Hanson¹⁹, David Potter²⁰, entre otros, la falange solo servía como el yunque que soportaba el ataque directo del enemigo, puesto que el martillo (o sea, el arma decisiva) sería la caballería, donde quienes más destacaban eran los *ἑταῖροι* (compañeros), jinetes de origen macedonio que básicamente hacían de guardia personal del rey. La caballería debía aprovechar su velocidad en el ataque para flanquear al enemigo y rodearlo, creando espacios entre sus unidades para permitir el golpe de gracia del avance, buscando, generalmente “descabezar” al ejército enemigo atacando a su general o comandante, consiguiendo de esta manera la victoria. Se incluían también, otros cuerpos de tropa especializados, algunos como elementos de transición entre la falange y los *compañeros*, existirían los *ὑπασπισται* (hipaspistas), especie de falange antigua, portadora de escudos tipo *aspis* hoplíticos, que

¹⁵ Asclepiodoto *Tácticas*, II, 9-10.

¹⁶ Eliano, *Tácticas*, XXIII.

¹⁷ Sabin, P., van Mees, H., Whitby, M. 2008. *Cambridge History of Greek and Roman warfare Vol I: Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome*, Londres, Cambridge University Press. Pp.333-336.

¹⁸ Quesada, Fernando. 2003. “Alejandro: Espejo de generales, el genio de la guerra”, *La Aventura de la Historia* 59, septiembre, Madrid, p. 19-20.

¹⁹ Davis Hanson, V. 2004. *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la cultura occidental*, Madrid, Turner. pp.98-99.

²⁰ Potter, D. “Alejandro Magno y la guerra helenística”, en Souza, P. 2008. *La Guerra en el Mundo Antiguo*, Madrid, Akal. p. 126.

protegerían los huecos que pudiesen formarse al realizar las maniobras señaladas por la caballería, cubriendo su avance y evitando que el enemigo se colase por los mismos²¹. De igual forma, existirían un sinnúmero de otras tropas auxiliares que, apoyarían el avance de ambos cuerpos principales, como arqueros, *peltastas*, *psiloi*, infantería ligera de todo tipo, entre otras²². No debemos obviar, también, la importante máquina logística que se movía en conjunto con la tropa durante las campañas, que mantenía las líneas de suministros lo más expeditas posible. En este punto también encontramos un gran número de ingenieros y maquinaria de asedio, que fue utilizada por Alejandro sobre todo en el sitio de Tiro, pero que tendrá mucho más desarrollo entre sus sucesores y continuadores tales como Demetrio I, apodado “Poliocertes”, famoso por construir maquinaria y desarrollar estrategias para expugnar fortalezas y ciudades²³.

Ahora bien, hacia los siglos III y II a.C., la falange macedónica “clásica” había recibido algunas actualizaciones, tal como podemos apreciar, por ejemplo en el mismo uso de las *sarissas*. Para este período es cuando alcanza su mayor tamaño (alrededor de 7 metros), así como también se incorporan nuevos elementos que fueron conociéndose en parte por las propias campañas de Alejandro en Asia (como el caso de los elefantes y las grandes masas de caballería con arquería montada)²⁴ y posteriormente, producto de las invasiones de gálatas y de otros pueblos al parecer de origen celta²⁵, surgiría la figura de los *θυρεοφόρος* (tureóforos)²⁶, soldados que de cierta forma se podrían asociar con lo que posteriormente serían los propios legionarios romanos de la época republicana²⁷.

Por otra parte, los romanos habían comprendido la necesidad de reformar constantemente su forma de luchar a medida que fueron sumando más y más enemigos producto de su expansión por la península itálica. Como otros pueblos latinos, hasta mediados del siglo IV, la estructura básica del ejército estaba conformada por el modelo macedónico extendido por todo el Mediterráneo, es decir, una falange principal apoyada por tropas de caballería, arqueros, etc²⁸. Dicho ejército estaba organizado por estamentos sociales, las cuales se asociaban a su peculio. De esta manera, aquellos con mayores ingresos podían portar las mejores armas y ubicarse en el

²¹ Quesada, Fernando. 2003. *Alejandro: Espejo de Generales*, pp. 19-20

²² Connolly, P. 1998. *Greece at Rome at war*, Londres, Greenhill Books. pp. 48-49.

²³ Plutarco, *Demetrio*.

²⁴ Connolly, Peter. 1998. *Greece at Rome at war*, pp. 74-75.

²⁵ Lendon, J.E. 2011. *Soldados y fantasmas: mito y tradición en la antigüedad clásica*, Barcelona, Ariel. p.207 y Sabin, Philip., van Mees, Hans., Whitby, Michael. 2008. *Cambridge History of Greek and Roman warfare...* p.341

²⁶ Ídem.

²⁷ Véase de Llantén Quiroz, Nicolás. 2017. “¿Impedimenta superior?: el pilum en la conquista romana del Mediterráneo. S. III a I a.C.” En I Jornadas Internacionales de Historia e Historiografía de la Guerra, Mendoza, Argentina., 8 y 9 de junio.

²⁸ Véase Sekunda, N., y Northwood, S. 2001. *Early roman armies*, Col. “Men at arms”, Londres, Osprey Military.

lugar más decisivo de la batalla, al contrario de los últimos tres, los cuales iban pobremente armados y muy pocas veces realizaban actos de real importancia en el combate²⁹.

Pero, al avance romano hacia el sur se le opuso un enemigo formidable, que literalmente los obligó a replantearse completamente su estructura de lucha. Tales fueron los samnitas, pueblos de las montañas apeninas, que gracias a su orden abierto y su constante uso de las emboscadas³⁰, derrotaron en sucesivas batallas a los romanos³¹, los cuales solo pudieron someterlos totalmente a su poder en el año 290 a.C., luego de la victoria en la batalla de Sentino. Para esta época, el ejército romano se había reorganizado en una nueva unidad táctica, despojándose de la antigua falange. Surgió entonces lo que actualmente se conoce como la legión manipular. “Manípulo” proviene del latín *manipulus*, que significa puñado, manojo, haciendo entender con esto que cada unidad sería una especie de “puñado” de hombres que se distribuiría por el campo³². Cada uno de estos puñados estaba conformado por una unidad más pequeña, la centuria, la cual contaba con 80 hombres cada una. En total, cada manípulo estaba compuesto por 160 hombres, desplegándose en un orden abierto, en donde cada unidad disponía de un amplio espacio para maniobrar, intercalándose entre cada una un espacio abierto de igual tamaño, a modo de un “tablero de ajedrez” que facilitaba los movimientos tanto de ataque, como de repliegue en caso de ser necesario³³. Ahora bien, estos manípulos se organizaban en líneas, cada una con un tipo de soldado específico. En un principio eran cinco, las cuales según Livio se denominaban: *hastati* y *princeps* (conocidas en conjunto también como *antepilani*), *triarii*, *rorarii* y *accensi*³⁴. Con el paso del tiempo, principalmente entre los siglos III-II a.C., este número se redujo a solo tres; *hastati*, *princeps* y *trarii* respectivamente, incluyendo también un nuevo cuerpo, los *vélites*, tropas ligeras que se dedicaban a la escaramuza y al arrojo de jabalinas al iniciar el combate³⁵. Las fuerzas de caballería, conocidas como *équites* se ubicaban, a los flancos al igual que en el ejército helenístico. Estaban organizadas en *turmae* y eran mandadas por *decuriones*³⁶.

²⁹ Esto es lo que los historiadores llaman “Constitución serviana” o bien “Reformas servianas” y es ampliamente detallada en los relatos de Tito Livio (*Hist. Rom.*, I, 43) y Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.*, IV, 16-18).

³⁰ Menciona Connolly al respecto que: “está claro que el ejército llevaba armamento ligero y era muy móvil. Varias veces desbarató las maniobras de los romanos. Las pinturas dan a entender que la jabalina era el arma principal. Muestran también muchos ejemplos de estandarte a modo de bandera, lo cual prueba contundentemente que no luchaban en falanges.” En Connolly, P. 1981. *Aníbal y los enemigos de Roma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981. p.23.

³¹ Famoso es el episodio de las Horcas Caudinas, en el cual los samnitas humillaron a los ejércitos consulares romanos haciéndolos pasar bajo el yugo. Véase Apiano, *Historia romana*, I, 6.

³² Explica Lendon: Denominamos a esta formación de batalla “legión manipular”, la legión –literalmente, leva- formada por manípulos o «puñados» de guerreros. En Lendon, J.E. 2011. *Soldados y fantasmas: mito y tradición en la antigüedad clásica*, pp. 238-239.

³³Lago, J.I. 2007. *Roma en Guerra*, Madrid, Almena. p. 37.

³⁴ Tito Livio, VIII, 8.

³⁵ Pol. VI, 22, 3-4.

³⁶ *Ibid.* VI, 25, 1-11.

Cada una de estas líneas estaba armada y protegida de manera diferente, así como también su composición etaria. *Hastati* y *princeps* correspondían a las unidades más jóvenes, iban armados con espada, *pila*³⁷, casco, escudo largo (*scutum*) y un pectoral de bronce en el caso de los *hastati* y con una *lórica hamata* (cota de malla) por parte de los *princeps*. Por el contrario, los *triarii* correspondían a las unidades más veteranas que se ubicaban en la parte posterior del ejército, iban armados igual que los *princeps*, salvo por un detalle: portaban lanzas en vez pila, lo que los hacía formar un muro de picas en caso de que el ataque de *hastati* y *princeps* fuese rechazado, cerrando los huecos, facilitando la retirada de todo el ejército³⁸.

El ataque se desarrollaba en formas sucesivas, buscando que cada línea pudiese romper la formación enemiga por medio de la combinación entre armas arrojadas y cortantes. Así nos lo describe Davis Hanson:

Los soldados arrojaban sus jabalinas, o *pila*, y corrían para luchar de cerca contra su enemigo con sus mortales espadas cortas, el famoso *gladius* de doble filo forjado con acero hispano, un arma mucho más letal y versátil que la pica macedonia. Los escudos rectangulares servían a menudo como armas de ataque, puesto que los legionarios utilizaban sus refuerzos metálicos para golpear las zonas desprotegidas del cuerpo del enemigo. Gracias al uso combinado de la jabalina, el enorme escudo y la espada de doble filo, los romanos resolvieron el viejo dilema de elegir entre un ataque con armas arrojadas y uno cuerpo a cuerpo, entre la movilidad y el choque, y combinaban las ventajas de ambos³⁹.

Como podemos apreciar, la gran diferencia entre las fuerzas romanas y helenísticas radica en su lucha de estilo individual y abierto, por parte de los romanos, en desmedro del frente único e inquebrantable propuesto por los macedonios y sus herederos. Los romanos buscaban potenciar al máximo la superioridad de sus contingentes a través de la lucha cuerpo a cuerpo, desarrollando armas y maniobras para enfrentarse al enemigo cara a cara y así destruirlo. Al contrario de lo que podíamos ver en el ejército helenístico, en el cual la caballería en las alas actuaba de “martillo” para decidir la victoria. En el caso de los romanos eran los propios legionarios quienes a través de sus continuas arremetidas poco a poco iban socavando la unidad del ejército contrario, buscando huecos, avanzando y retrocediendo, conteniendo y atacando, hasta que finalmente el frente enemigo se rompía y la batalla se decidía a favor de Roma. Este es el principal elemento que destacaba Polibio; la flexibilidad de la legión por sobre la falange, que al saber adaptarse y adecuarse a las miles de vicisitudes y problemáticas del combate, le otorgaba un sinnúmero de posibilidades de respuesta ante su adversario.

³⁷ El *pilum* (pila en plural) era dardo arrojado preferido de los romanos, que traspasaba casi cualquier escudo, así como también evitaba que sus enemigos los utilizaran contra ellos al momento de la refriega. Véase Pol, VI, 23.

³⁸ Tito Livio, VIII, 8.

³⁹ Davis Hanson, Víctor. 2004. *Matanza y cultura...*p.141.

Ahora bien, por otra parte, en un breve análisis como el presente, hemos de ver ciertas inconsistencias dentro del relato polibiano. Esto debido a que la aparente inferioridad de la falange con respecto a la legión se sustentaba en su imposibilidad de adaptación⁴⁰, lo cual no sería tal, en vista de que los sucesores de Alejandro aprendieron de sus campañas, buscaron ampliar sus posibilidades de victoria mejorando su tropa y abriéndose a un mayor abanico de fuerzas militares que fueron conociendo a medida que se enfrentaban en las diferentes guerras ya descritas⁴¹. Ahora bien, cabe mencionar que el “sistema” básico de la infantería pesada constituida por la falange se mantuvo incólume, por tanto, cada uno de los diferentes elementos adquiridos posteriormente solo ayudaban a complementar la situación de la formación falangítica, mas no intentaban cambiar decisivamente la forma de combatir, (como si habían hecho los romanos al enfrentarse con los etruscos, latinos, samnitas, galos, entre otros), principalmente porque comprendían que dicho sistema era viable y sumamente eficiente para las circunstancias del combate que ellos realizaban, y además contaban con toda la tradición que las armas macedónicas habían obtenido al vencer al imperio más poderoso de ese momento: Persia. Por tal razón, siempre pudieron adaptarse y potenciar su sistema de combate, comprendiendo se entiende la incorporación de elefantes, carros falcados, arquerías montadas, etc., poniendo como obtener mayores rendimientos de la falange y su el “martillo” que era la caballería recurriendo a más unidades que permitieran mantener la idea macedónica actualizada. Solo de esa forma en entredicho la supuesta intransigencia helenística en el campo de la guerra como pretende esbozar Polibio.

Entre Heraclea y Pidna (280-168 a.C.)

Los encuentros que se desarrollaron entre ambos estilos de lucha tuvieron tres períodos: las guerras contra Pirro (280-275 a.C.), de las cuales destacan la batalla de Heraclea (280 a.C.) y Asculum (279 a.C.), ambas victorias de Pirro; las cuatro guerras contra el reino de Macedonia (214 a.C.- 148 a.C.), en donde analizaremos las victorias romanas de Cinocéfalos (197 a.C.) y de Pidna (168 a.C.) y la guerra de Antíoco o de Siria (192 a.C.-188 a.C.), en donde destaca la batalla de Magnesia (190 a.C.) otra victoria de los latinos.

Las guerras contra Pirro se desarrollaron principalmente por la pretensión romana de controlar el rico sur de la península, conocido en la época como Magna Grecia, en donde la principal ciudad que se oponía a dicho poderío correspondía a la ciudad de Tarento, la cual al verse en clara inferioridad frente a las tropas romanas, decide pedir ayuda al rey de Epiro, Pirro apodado “Águila”, notable estratega helenístico, quién por esos años había logrado controlar amplios sectores de la península balcánica⁴².

⁴⁰ Véase nota 7.

⁴¹ Quesada, Fernando. 2003. *Alejandro: Espejo de Generales* p.21.

⁴² Plutarco., *Pirro*, XII-XV.

Al cruzar el mar Adriático y buscar apoyo en sus aliados griegos, se encuentra con la situación que los romanos se habían enterado de su venida, disponiéndose para la combate prontamente. Básicamente, la batalla se desarrolla en un ataque de caballería romana contenida por Pirro que casi le cuesta la vida⁴³, en donde al momento de chocar ambas infanterías ninguna puede superar a la otra, hasta que Pirro, usando su arma secreta, los elefantes, hacen huir a los caballos romanos y aliados que no conocían a tales bestias, desbaratan la formación romana y consiguen la victoria⁴⁴. Lo importante que debemos recalcar en este aspecto, es que más allá de la supuesta inferioridad de los reinos helenísticos al no tener una capacidad de adaptación, como indica Polibio, es justamente el haber aprendido de sus enemigos y de la superioridad de las nuevas armas (como son este caso los elefantes), lo que le permite conseguir la victoria al epirota. A eso, hemos de recalcar también que al parecer los sucesores de Alejandro comprendieron muy bien que la lucha contra los romanos no sería tan sencilla, ya que no eran un pueblo bárbaro común y corriente. En palabras del propio Pirro, según dice Plutarco: “Megacles, la disciplina de estos bárbaros no es de bárbaros, y enseguida presenciaremos sus hechos”⁴⁵. Como vemos, ya en este primer combate, Polibio expone en su relato que la causa de la derrota es un elemento novedoso, que los romanos no conocían y eso permite su victoria al epirota. El análisis es pragmático y limpio, sin buscar aparentar una superioridad *per sé* entre cada facción.

Situación similar veremos en la siguiente batalla, Asculum (279 a.C.), en la cual el “arma secreta” del epirota sería otra vez decisiva. Según el relato de Dionisio de Halicarnaso, el avance hacia el norte para tomar Roma fue frenado por éstos en las cercanías de Asculum, a 130 kms. de la ciudad de Tarento. Los romanos se dispusieron en orden de batalla en un terreno favorable a sus intenciones, con lomas, bosques y muchos pastos que evitaban el libre despliegue de las falanges. Para contrarrestar el ataque de los elefantes, los romanos ubicaron mayor cantidad de infantería ligera, y sobre todo, desarrollaron una especie de carrozcos con lanzas, teas ardientes entre otros artilugios, los cuales eran tirados por bueyes, buscando de esta manera

⁴³ Plutarco, *Pirro*, XVI, 12-16.

⁴⁴ Así lo expone Plutarco: “Por fin, ante el empuje de los elefantes sobre los romanos, cuyos caballos salían en desbandada con sus jinetes a cuestras aun antes de que se aproximaran, Pirro lanzo a la caballería tesalia contra unos enemigos en plena confusión y los derroto provocando una gran carnicería”. *Ibid.*, XVII, 6.

⁴⁵ *Ibid.*, XVI, 7.

desbaratar el violento ataque de estas bestias⁴⁶. La batalla se desarrolló al parecer en dos días⁴⁷ en donde, otra vez, tanto los romanos como los epirotas no podían romper la línea contraria debido a lo bien plantado de ambos ejércitos. Avances de la caballería eran rechazados por los romanos al igual que los de las filas de piqueros, en donde tanto el ala izquierda como la derecha de ambos ejércitos se anulaban mutuamente⁴⁸. Al ver Pirro que su línea del centro parecía quebrarse, utiliza a sus elefantes y caballería para remediarlo, momento que es utilizado por los romanos para usar sus nuevos carros, pero, fueron rechazados por las tropas ligeras del epirota. Los romanos huyen hacia las elevaciones para evitar ser arrollados por los elefantes de Pirro, el cual desiste del enfrentamiento ya entrada la noche, desalojando los latinos su ventajosa posición⁴⁹.

A la mañana siguiente, Pirro coloca a sus tropas ligeras en las elevaciones y despliega sus unidades en el terreno más llano que había debajo, avanzando en contra de la formación romana. Las legiones resisten durante horas el ataque de las *sarissas*, pero al ubicar otra vez el epirota su caballería y sus elefantes en los flancos romanos, arrollan a sus enemigos con total fiereza, destruyendo las líneas y consiguiendo así, por segunda vez la victoria⁵⁰. El número de bajas fue tan extremadamente alto en esta batalla, que es al final de la misma cuando el rey de Epiro exclama su famosa frase: “Una victoria más sobre los romanos y estaremos completamente perdidos⁵¹.” Como podemos ver, otra vez la inclusión de un nuevo tipo de arma, sumado a la experiencia y pericia de un buen comandante como Pirro que supo aprovechar a cada momento

⁴⁶ Describe Dionisio que: “Fuera de la línea de combate, situaron a la tropa ligera y los carros, en número de trescientos, que habían sido dispuestos para la batalla contra los elefantes. Estos carros tenían, montados sobre vigas rectas, mástiles transversales que podían ser girados fácilmente hacia donde uno quisiera con la velocidad del pensamiento, —en los extremos de los mástiles había tridentes, maquinas en forma de espadas para lanzar proyectiles o guadañas todas de hierro— o bien tenían una especie de rastrillos que lanzaban desde arriba pesados garfios. Muchos mástiles tenían atados unos ganchos inflamables envueltos en estopa engrasada con mucha pez, que sobresalían por delante de los carros, y los hombres que estaban en ellos, cuando se encontraban cerca de los animales, prendían fuego a los ganchos y los golpeaban contra sus trompas y rostros. Situados en los carros, que eran de cuatro ruedas, había también muchos de la tropa ligera —arqueros, lanzadores de piedras y honderos de dardos de hierro; y abajo, al lado de los carros, había todavía muchos más”. Dionisio de Halicarnaso, XX, 7-8.

⁴⁷ Según Plutarco en dos, según Dionisio en uno. Véase Plutarco, *Pirro* XXI, 13.

⁴⁸ Dionisio, XX, 2, 1-6.

⁴⁹ Plutarco, *Pirro*, XXI, 7.

⁵⁰ Así lo explica Plutarco: “Los romanos, que no tenían como antes la posibilidad de evitarlos y de contraatacar, se vieron obligados a luchar cara a cara sobre un terreno llano. Así, centrados en rechazar a los hoplitas antes de que llegaran los elefantes, sostuvieron un fiero combate con sus espadas contra las sarisas, sin preocuparse de su suerte y con la vista fija en herir y matar y sin prestar atención a los daños que recibían. Se cuenta que, al cabo de mucho tiempo, la derrota comenzó a fraguarse en el punto en que el propio Pirro se batía encarnizadamente contra sus oponentes; con todo, los principales destrozos vinieron por el empuje imparable de los elefantes, al verse los romanos incapacitados para desplegar su coraje en este tipo de combate. Ante tal situación, como si se tratara de la irrupción de una tempestad o un sismo, consideraron que debían retirarse antes que permanecer y aguardar la muerte sin poder hacer nada, padeciendo los males más terribles sin sacar de ello provecho alguno”. *Ibid.*, XXI, 9-11.

⁵¹ *Ibid.*, XXI, 14.

las posibilidades que se le presentaban, determinó la consecución de la victoria en ambos encuentros. Por tal razón, al parecer la idea polibiana de la inflexibilidad como causante de la derrota vuelve a ponerse en entredicho con las acciones de Pirro.

Situación distinta encontramos en las siguientes batallas: Cinocéfalos (197 a.C.) y Pidna (168 a.C.). Ambas batallas se enmarcan dentro de los conflictos desarrollados por los romanos en contra de los reyes macedonios Filipo V y sus sucesores y son el principal relato desarrollado por Polibio en donde pretende exponer y comprobar su hipótesis de la flexibilidad romana.

El rey macedonio al ver la posibilidad de incorporar un mayor espacio de conquista a su reino, producto de las derrotas que infringió Aníbal a los romanos durante la Segunda Guerra Púnica (218 a.C.-201 a.C.), decidió aliarse con el cartaginés⁵². Al ser vencido este último en Zama (202 a.C.) los romanos envían al cónsul Tito Flaminio con sus ejércitos, cruzan el mar Adriático, se alían con los enemigos del macedonio y recorren la península hasta conseguir presentar batalla.

Cinocéfalos es la primera gran victoria de los romanos por sobre la falange macedónica. La batalla se desarrolla entre una cadena montañosa, de difícil orografía⁵³, lo que en cierta manera determinó el desarrollo de la misma. El ejército macedonio, organizado en dos alas atacó las posiciones romanas colina abajo, colocándose en las cimas de dichos montes. Si bien el ala derecha de Filipo, con su falange principal bien posicionada hizo retroceder los avances romanos, la tardanza en la cobertura del ala izquierda al subir la montaña, permitió a los romanos ubicarse en la cima, cargar con los manípulos y los elefantes que había conseguido Flaminio por parte de sus aliados, rechazando el avance del ala izquierda macedonia. En ese momento, estando el triunfo casi en sus manos, se produce uno de los grandes motivos que generó la victoria de los romanos sobre los reinos helenísticos: una notable superioridad en los mandos medios. Así lo indica Polibio:

“[...] pero uno de los tribunos militares que no tenía más de veinte manípulos, en el mismo momento de la refriega pensó que sería más útil hacer, y con ello, contribuyó no poco a la victoria total. Al apercibirse de que Filipo con sus hombres se había adelantado mucho a los demás y de que ejercía una fuerte presión sobre el ala izquierda romana, dejó el ala derecha, donde la victoria era ya indiscutible, se dirigió hacia los que todavía peleaban, se aproximó por detrás y atacó a los macedonios por la espalda. Y, como la operación de la falange macedonia no le permite girar sobre sí misma ni entablar combates individuales, el tribuno en cuestión fue acosando y matando a los que tenía a su alcance, que no podían defenderse,

⁵² Tito Livio, XXII, 34.

⁵³ Explica Polibio que: “Aunque Filipo no estaba muy conforme con aquellos parajes, sin embargo se vio inducido a la batalla. Las lomas citadas se llaman de Cinocéfalos. Son escarpadas y cortadas a pico; su altura es considerable. Filipo se daba perfecta cuenta de lo poco apropiado del lugar e, inicialmente, jamás se hubiera avenido a dar una batalla allí, pero entonces, estimulado por las esperanzas exageradas de aquellos mensajeros, mando salir a sus tropas de la empalizada”. Polibio, XXII, 9-10.

hasta que al final también aquí los macedonios se vieron obligados a tirar las armas y a emprender la huida. Y los romanos que ya habían empezado a ceder delante de estos se rehicieron y atacaron a su vez”⁵⁴.

Con tal situación, Flaminio consiguió destruir el ejército de Filipo, producto de la superioridad romana por la flexibilidad táctica y mejor adiestramiento de sus hombres, al ser esta es una realidad decisiva, puesto que esta carencia de unidades fuertes y entrenadas sin duda permitió a los romanos obtener la victoria total sobre los macedonios⁵⁵. Es difícil encontrar un mejor ejemplo que el relato expuesto anteriormente con respecto a desarrollo de un combate. Casi como un cronista, relata casi sin ningún tipo de oropel o emotividad la sagacidad del oficial romano al tomar esa decisión en el momento oportuno que es clave para el resultado final de la batalla. Comprendemos perfectamente, en este caso, la tradición a la que hace alusión Keegan con respecto a los autores griegos y sus maneras de exponer los hechos bélicos con una pragmática que quizá solo va a ser modificada en el siglo XX⁵⁶, con los trabajos de H. Delbrück o Bouthoul, por ejemplo, quiénes iniciaron el estudio de los conflictos desde una perspectiva y experiencia mucho más propia y cercana de la batalla, sin caer en las explicaciones netamente castrenses⁵⁷. En Pidna, a su vez, fue otra vez la posibilidad de captar la oportunidad por parte de los mandos medios romanos, lo que permitió romper la dura línea de falange de Perseo, así como también su impericia como comandante.

La batalla se desarrolló en una llanura que atravesaba un río, el Leucus. Perseo toma la iniciativa, provocando una gran impresión por parte de los romanos al ver su formación de avance⁵⁸. Cruza el río después de resolver una escaramuza entre las tropas ligeras de ambos bandos y despliega sus tropas al modo clásico macedónico, con las filas de *sarissas* al centro y la caballería a los flancos. Por su parte, Emilio responde ubicando a sus legiones en el mismo sentido, situando sus mejores tropas de infantería al centro, para frenar así el avance de la falange. La situación comienza a decantar a favor de Perseo, hasta que en un momento la línea flaquea por ir descompensando la formación en varios puntos, producto de la orografía de ese sector, más escarpada. Al verlo, los diferentes oficiales romanos ubican a sus legionarios entre esos huecos, acercándose lo más posible a las líneas de falangitas los cuales, producto de sus largas armas no pueden maniobrar adecuadamente. La línea termina rompiéndose en innumerables puntos, con las filas de legionarios colándose y masacrando cuanto macedonio

⁵⁴ *Ibíd.*, XXVI, 2-5.

⁵⁵ Sabin, Philp., van Mees, Hans., Whitby, Michael. 2008. *Cambridge History of Greek and Roman warfare* pp.333-336.

⁵⁶ Keegan, John. 2013. *El Rostro de la Batalla*, p. 43.

⁵⁷ De Hans Delbrück, mencionamos su texto más conocido, los cuatro volúmenes de *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der Politischen Geschichte (Historia del arte de la guerra en el marco de la historia política)*, publicada en Alemania, en 1900 y de Gastón Bouthoul, *Les guerres, éléments de polémologie (Las guerras, elementos de Polemología)*, publicado en Francia en 1951.

⁵⁸ Polibio, XXIX, 17.

podieron encontrar. Finalmente, Perseo al ver su línea completamente rota, decide huir con los restos de su caballería hacia su capital, dejando en el campo más de 20.000 muertos⁵⁹. Livio nos describe el momento decisivo de una forma muy clara, exponiendo de hecho las razones de la victoria:

“Y la causa más evidente de su victoria fue el hecho de que se lanzaran muchos ataques y en muchos puntos, que primero sembraron el desconcierto haciendo que fluctuase y después destrozaron por completo la falange, cuyas fuerzas son irresistibles cuando es compacta y erizada de picas erectas; si, a fuerza de ataques aislados, se les obliga a dirigirse en una dirección y luego en otra, las picas, poco maniobrables debido a lo largas que son y a lo que pesan, se entrelazan en una masa confusa; si, por otra parte, resuena por los lados o por detrás el ruido de un ataque, se descomponen como si se vinieran abajo; así ocurrió entonces, cuando se vieron obligados a hacer frente, con su formación rota en numerosos puntos, a los romanos que atacaban en pequeños grupos y se infiltraban entre sus filas por dondequiera que quedaban espacios libres. Si los romanos se hubiesen lanzado a un choque frontal con toda su formación contra la falange formada en orden de combate, entonces, como les ocurrió a los pelignos que cometieron la imprudencia de cargar contra los *caetrati* al comienzo de la batalla, se habrían ensartado en las picas y no habrían resistido a la compacta formación”⁶⁰.

Se puede ver muy claramente, y comparando los relatos con respecto a la anterior batalla, que la causa de la derrota proviene de dos motivos que estarían ligados según las fuentes: la falta de pericia de los comandantes y el hecho de combatir en lugares poco aptos para la falange.

Finalmente, la batalla de Magnesia (190 a.C.), se desarrolló en el contexto de las guerras entre Roma y el imperio Seleucida de Antíoco III, el cual también vio la posibilidad de la derrota romana apoyando a los cartagineses, pero el avance romano por el Mediterráneo al parecer era imparable. En este combate, la disposición orográfica era muy favorable, debido a la planicie en donde se desarrolló la batalla, lugar en el cual el rey pudo no solamente desplegar sus líneas de falange con total facilidad, sino también utilizar elementos como carros falcados y muchísimos elefantes, los cuales dispuso entre las unidades de su infantería, con el fin de hacer aún más impenetrable la formación⁶¹. De esta manera, las tropas helenísticas se presentaban como un frente muy amplio, dividido en dos alas, en donde la derecha estaba dirigida por el propio rey y la izquierda por su hijo, Seleuco⁶². Sin embargo, el apoyo de los aliados romanos como el rey de

⁵⁹ Plutarco, *Emilio Paulo*, XXI, 7.

⁶⁰ Tito Livio, XLI, 6-9.

⁶¹ *Ibid*, XXXVII, 40; Apiano, *Siria*, XI, 32.

⁶² Menciona Apiano que: “La apariencia del ejército de Ant.oco era la de dos ejércitos, uno destinado a comenzar el combate y el otro de reserva. Y cada uno de ellos dispuesto hábilmente con vista a provocar el temor, tanto por el número como por el equipo. Ant.oco en persona mandaba la caballería en el ala derecha y su hijo Seleuco en el ala

Pérgamo, Eumenes, que sabía muy bien derrotar a estas novedosas armas, cargó y desbarató el ala izquierda de Antíoco, utilizando tropas ligeras como arqueros y jabalineros. Al romper la formación en este punto, la tropa romana avanza, es frenada por la firme línea de falangitas, pero éstos al ver lo que sucede en el ala izquierda y el destrozo que se produce, comienzan a ser rebasados por los flancos. De esta manera los seleúcidas pierden su formación, los elefantes son dispersados por jabalinas y *pila* (lo que genera que arrollen cualquier cosa que se encuentren por delante), provocando el pánico entre los hombres del rey. Comienza entonces la huida y la victoria se decanta otra vez de parte de Roma. Los seleúcidas pierden prácticamente la totalidad de su ejército aquel día⁶³.

Como hemos visto, incluso en momentos que podríamos considerar contrarios a la posibilidad real de una victoria por parte de Roma (y siguiendo el análisis polibiano de la superior flexibilidad), notamos que concretamente, las causas de las victorias romanas no refieren específicamente a un aspecto que pudiésemos llamar “general”, sino que más bien se asocia siempre a situaciones de coyuntura. No siempre las líneas falangíticas son derrotadas *per sé* debido a su firmeza, sino que más bien hasta que no se produce una debacle, como una orografía desventajosa o un ala descubierta, el frente no cae. Las causas al parecer debemos encontrarlas en otros factores, como la mala maniobra que aplican los comandantes a sus tropas, que muchas veces cuestan sin duda la victoria, como es el caso de Cinocéfalos, Magnesia o bien Pidna, batallas que eran prácticamente victorias helenísticas hasta que los reyes cometían errores al maniobrar o bien el no aprovechar convenientemente sus ventajas obtenidas, como si hacían los romanos, que al momento de ver la brecha o el espacio, inmediatamente atacaban sin vacilar, consiguiendo siempre la victoria. Quizás esa era la verdadera fortaleza de los romanos, más que si es efectivamente poseían una forma de lucha mejor que otra. Tiene que ver más, al parecer, con unos mandos medios más aptos, tropas más disciplinadas al parecer que las helenísticas y, por sobre todo, la posibilidad de aprovechar las coyunturas y sacar ventaja de sus ocasiones fueran o no halagüeñas.

Conclusiones

Las apreciaciones realizadas por Polibio en su libro XVIII pretenden ilustrar un fenómeno que no tiene explicación, hasta ese momento, para los griegos y herederos de las políticas de Alejandro, a saber, el poderío casi absoluto de los romanos con respecto al arte de la guerra. Polibio propone que esta explicación reviste dos aspectos: el político (su constitución y organización política) y el militar, cuestiones que expone ambas en su libro VI, pero que profundiza en el dicho libro XVIII, en el cual analiza las diferencias entre cada ejército.

izquierda. Filipo, el guía de los elefantes, mandaba la falange, y Mindis y Zeuxis guiaban a los que iban a abrir el combate”. Apiano., XI, 33.

⁶³ *Ibid.*, XI, 36.

Constantemente refiere la importancia que reviste para los romanos la posibilidad de asimilar y adaptarse a sus enemigos, demuestra con hechos que la situación bélica de los latinos a través de su historia, necesariamente los obligó a modificar aspectos constantemente en el arte de la lucha con el fin de conseguir la victoria. Por el contrario, la fuerza macedónica y su estructura jerárquica, bastante más rígida y limitada muchas veces a un tipo de estrategia, provocaba que fuera bastante simple para los romanos preferir derrotas a los griegos, debido a que su adaptabilidad les permitía seguir muchas estrategias distintas, ocupar los terrenos más diversos y, sobre todo, la posibilidad de maniobrar y moverse en el mismo campo de batalla de maneras mucho más amplias y diversas que sus enemigos helenísticos, acostumbrados solo, (según Polibio), a las formaciones rígidas y firmes de las falanges, hechas con el fin de desbaratar y destruir los ataques frontales sin problema.

Hasta aquí, el análisis polibiano parece bastante coherente. La posibilidad de adaptación y de resolver problemas que se presenten de manera súbita sin duda generan una mayor capacidad de alcanzar la victoria. Pero, como vemos, analizando algunas de las batallas más importantes entre romanos y helenísticos, la razón o razones de la victoria parece que tienen un sentido mucho más amplio que solo un aspecto general que presenta el griego, esto es, las situaciones desarrolladas en las propias batallas. En dos de ellas, la derrota romana se propició debido a la poca capacidad de respuesta ante un arma que se desconocía -los elefantes de Pirro-, que utilizados convenientemente por el rey epirota, destruyó dos ejércitos romanos consulares completos. Por otra parte, en las otras tres batallas analizadas, la victoria se decantó a favor de los romanos no solo por su hábil capacidad de maniobra, sino sobre todo por la impericia de los reyes helenísticos que, suponiendo que tenían ya la victoria de su lado, descuidaron un aspecto de su línea y fueron rebasados, convirtiéndose su posibilidad de victoria en una derrota aplastante. Y, por último, la propia situación de los mandos intermedios romanos, que con una visión táctica perfecta, realizan ataques en los momentos precisos, envolviendo, rodeando, flanqueando, etc., propiciando mucho más la victoria de las fuerzas romanas, llegando a veces ser decisiva, como vimos en el caso de Pidna.

Ante tales situaciones, no podemos suponer meramente, que el análisis más general de Polibio deba ser la única causa. Es correcto que la apreciación de la flexibilidad romana es un factor importante, ya que puede presentar batalla de muchas maneras, pero también es que la línea de falanges cuando estuvo correctamente asentada y en lugares adecuados para maniobrar, resistió sin problemas. Las falanges en las cinco batallas, al momento de luchar no cedieron un metro al ver a los romanos cargar en su contra, aguantaron sin problemas sus ataques e incluso, soportaron momentos en que sus líneas estaban siendo fuertemente atacadas con armas arrojadas, no perdiendo nunca su formación, solo hasta que la situación era insostenible. Su rigidez, al parecer no fue la causa de su pérdida, sino que más bien fue la razón de mantener tan trabados y complejos combates.

Por otra parte, están los errores tácticos mencionados, los cuales no dependen de la formación en particular, sino de los comandantes. Los reyes helenísticos, buscando siempre parecerse a Alejandro e imitando sus actitudes en combates, muchas veces cometieron errores garrafales. Adelantando sus líneas demasiado, avanzando sobre terreno disparejo, persiguiendo a unidades enemigas más de lo debido, sin duda que provocaron muchas veces su caída. Alejandro era un táctico genial, pero siempre se asesoraba convenientemente y, sobre todo, contaba con hombres capaces de apoyarlo sin problemas. Parmenio, Crátero, Ptolomeo, entre otros, siempre fueron excelentes mandos en los que Alejandro podía depositar su confianza, ya que sabía que cumplirían la orden encomendada. Por el contrario, los reyes helenísticos muchas veces se rodeaban más de aduladores que de buenos elementos, los cuales buscaban ante todo conseguir el favor del rey para posicionarse en un mejor aspecto político e incluso rivalizar con los mismos monarcas respecto al poder. Debemos entender entonces, que no debían ser totalmente convenientes aquellos mandos, ya que muchas veces un excelente general podía convertirse en un pretendiente al trono y derrocarte. Los reinos helenísticos siempre temieron dicha problemática política, cuestión que al menos hasta ese momento a Roma le era completamente ajena.

La República romana poseía una base política muy superior a los inestables reinos orientales. Hasta el momento en que ambos combatientes se enfrentan, Roma había conseguido poco a poco ir generando un sentido de pertenencia y de empoderamiento entre sus diferentes sectores sociales gracias a las reformas que fueron implementándose poco a poco en la ciudad, que si bien no podríamos considerar “revolucionarias” o bien “democráticas” si pudieron ajustar mucho mejor el caótico vínculo de poder entre patricios y plebeyos, permitiendo a los romanos presentar un frente unido en contra de sus enemigos. De la misma forma, podemos apreciar cómo los romanos poco a poco van ampliando sus listas de aliados, cediendo oportunidades y privilegios hacia los grupos principales de los lugares conquistados. Estos pueblos eran incorporados a este espacio de poder que significaba el poderío romano y se beneficiaban de eso. Lo veremos sobre todo en el siglo I, cuando aparezcan figuras de la talla de Cicerón o Mario, ambos ciudadanos romanos no nacidos en la ciudad, sino que asociados al poderío de los latinos gracias a sus beneficios ciudadanos. Es este aspecto el que mayormente refiere Polibio como causa del poderío de Roma: la capacidad de aprovechar políticamente sus victorias militares, asimilando posturas diversas, incorporando aspectos, culturas, religiones, etc. Los romanos son capaces de ajustarse, de comprender la necesidad de modificar aspectos o situaciones con el fin de conseguir sus objetivos, por eso siempre que emprenden la lucha se presentan como los que fueron ofendidos, los que protegen a un aliado o sus territorios, o bien los que intervienen para que la situación de poder no genere un desequilibrio. Es más que evidente que no esto no fue del todo así, las razones económicas y militares siempre primaron en la conquista, pero al menos en lo que respecta al discurso oficial, en el aspecto jurídico, las razones siempre fueron asociadas a

estos puntos y con ellas se ganaban su legitimidad. El mismo Cicerón tiempo después argumentaba a favor del sistema republicano con dichos argumentos, exponiendo que la verdadera razón del establecimiento de Roma como potencia única en el Mediterráneo, se debía específicamente a su relación con lo civil, a sus aspectos de asimilación y adaptación estatal, y finalmente al uso de la fuerza siempre asociado a aspectos de justicia y virtud, no como mera ambición personal⁶⁴.

De manera que, en síntesis, políticamente hablando al menos, la victoria de Roma por sobre los reinos helenísticos estaba asegurada producto de ese enorme “frente interno” que la respaldaba, donde la maquinaria política y social estaba muy firmemente aceiteada y permitía que incluso con mandos mediocres o derrotas atroces, la victoria siempre se decantara del lado de Roma. De modo que el análisis de Polibio, más que asociarse, según nuestro parecer a un asunto netamente militar, es consecuencia de dicho proceso político y social. Polibio asume que producto del desarrollo político se puede asociar e interpretar, entonces, en un correcto despliegue también en el campo. Lo cierto es que, como vemos, no es determinante. Ambas formaciones tienen sus tácticas y sus puntos altos, y dependen más de aspectos específicos que de procesos más generales como los vistos por el griego.

Por tal razón, la exégesis propuesta por Polibio permite comprender no solo la relación causal entre un aspecto y otro que permite explicar lógicamente la victoria romana. Se acerca mucho más al debate de comprender que el sentido de la exposición de las batallas y la guerra posee un contingente mucho más abierto y complejo. Es precisamente el tipo de análisis que Keegan busca exponer en su nueva propuesta teórica con respecto a la batalla: la idea de acercarse lo más posible al ambiente y las emociones de los combatientes que permiten dilucidar nuevos aspectos que podrían estar ocultos dentro del relato romántico, emotivo, nacionalista o incluso propagandístico, lo que él propone bajo el concepto de “pieza de batalla” en donde no solo se exageran ciertos ámbitos, sino que también se presentan ambos contendientes en una relación binaria maniquea, que termina siendo sumamente burda y reduccionista muchas veces, lo que nos adorna en innumerables ocasiones un hecho brutal, sanguinario y que pocas veces presenta el aspecto “glorioso” que quiere adjudicársele.

Estos aspectos pueden ir desde los de tipo militar como también a los políticos y aquí hemos presentamos ambos. El ámbito militar es definitorio en cierta medida para concluir con la victoria romana. La posibilidad de asimilar y modificar la manera de enfrentar los combates sacando las mayores ventajas potenciales en todo espectro de circunstancias (logística, avituallamiento, rapidez, orografía, etc.), sin duda es un rasgo que el griego pudo exponer en un sentido muy lógico y claro, en donde el componente cultural y los rasgos sociales de los romanos presentan al lector muchas de las razones que son esgrimidas por Polibio. Es sumamente interesante

⁶⁴ Véase, Cicerón, *Sobre la República*, II.

comprobar, que casi de la misma forma en que incurre Keegan para plantear sus investigaciones en “El Rostro de la Batalla” (nos referimos sobre todo al análisis de la batalla de Agincourt) puede tener un símil bastante cercano en la figura de Polibio, en la idea de que la “pieza de batalla”, ese trozo de exposición narrativa aparentemente poco o mal presentado, permite rebuscar y dilucidar mayores aspectos que tan solo insuflar valor o patriotismo en el lector. El ámbito de mayor estabilidad política de la república romana y su excelente sistema administrativo le permitía mantener casi sin problemas las continuas campañas a las que estaba sometida la ciudad del Tíber, promoviendo de esta manera generar el máximo de esfuerzos necesarios con el fin de conseguir la definitiva victoria. Un ritmo tal que claramente ni siquiera los complejos sistemas políticos helenísticos podían sopesar hasta ese momento.

En síntesis, la razón de la victoria de Roma no puede verse únicamente como una relación causal entre aspectos políticos y militares, como hemos podido apreciar. Quizás Polibio haya querido exponer dichos aspectos producto de su vínculo con las figuras políticas y militares más importantes de su tiempo, proponiendo de primera fuente que las causas eran más evidentes producto de esa unión entre los grandes procesos y los hombres que los comparten. De esta manera, al parecer lo asombroso de la victoria romana no era tal, sino que más bien era una consecuencia de hacer bien las cosas. Evidentemente sin planteárselo, el relato de Polibio, tan completo y lleno de detalles aclaratorios y lógicos permite conseguir aquél aspecto que Keegan buscar dar lustre en su nuevo método de plantearse la guerra, buscar nuevos elementos, comprender mucho más cerca los aspectos de la batalla, lo cultural, lo social, lo religioso, etc. Todos aquellos detalles que muchas veces se pasan por alto frente a las “grandes historias”, pero que sin dudas son aquellos más relevantes para comprender lo que somos como humanidad. Polibio nos presenta que se puede contar el gran relato y buscar sus causas y consecuencias sin perderse en los detalles. La victoria de Roma es, entonces, no solo un aspecto de la guerra y la milicia por sí misma, sino un conjunto de elementos que dispuestos convenientemente, dieron la victoria total a esa bárbara aldea a orillas del Tíber, que recién comenzaba a imponerse frente a todos como la gran e irresistible potencia.

Fuentes y Bibliografía

Fuentes clásicas

Aeneas tacticus; Asclepiodotus; Onasander. 1948. *On the defender of fortified positions; Tactics; The General*. Edición de T. E. Paige, The Loeb classical Library, Londres, 1948.

Apiano, *Historia romana, sobre Siria.*, Introducción, traducción y notas de Sancho, A. Gredos, Madrid, 1980.

- Cicerón, *De la República*, Introducción, traducción y notas de Julio Pimentel Álvarez., Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades/Bibliotheca Scriptorum et Graecorum Mexicana/UNAM, México, 2010.
- Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma.*, Traducción y notas de Almudena Alonso y Carmen Seco., Gredos, Madrid, 1984.
- Eliano: *The tactics of Aelian or on the military arrangements of the Greeks, a new translation of the manual that influenced warfare of fifteen centuries. Revisado, traducido y editado por Cristopher Mattew.* Pen & swords books limited, Barnsley, 2012.
- Plutarco, *Vidas Paralelas (3 tomos)* Introducción, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez, Gredos, Madrid (ediciones consultadas 1985 y 2008).
- Polibio, *Historias*, introducción de Cruz, G., traducción y notas de Balasch M., Gredos, Madrid, 2000.
- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación.*, Introducción de Sierra A., traducción y notas de Villar J., Gredos, Madrid, 1990.

Bibliografía complementaria

- Anglim, S. (et al). 2007. *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo*, Madrid, Libsa.
- Connolly, P. 1981. *Aníbal y los enemigos de Roma*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Connolly, P. 1998. *Greece at Rome at war*, Londres, Greenhill Books.
- Davis Hanson, V. 2004. *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la cultura occidental*, Madrid, Turner.
- Goldsworthy, A. 2005. *Roman warfare*, EE.UU, Smithsonian books.
- González M., C. 2016. *La sarisa macedonia*, Universidad Autónoma de Madrid, Trabajo final para obtener el grado en Ciencias y Lenguas de la Antigüedad, Madrid.
- Keegan, J. 2013. *El Rostro de la Batalla*, Madrid, Turner.
- Lago, J.I. 2007. *Roma en Guerra*, Madrid, Almena.
- Lendon, J.E. 2011. *Soldados y fantasmas: mito y tradición en la antigüedad clásica*, Barcelona, Ariel.
- Sabin, P., van Mees, H., Whitby, M. 2008. *Cambridge History of Greek and Roman warfare Vol I: Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome*, Londres, Cambridge University Press.
- Sekunda, N., y Northwood, S. 2001. *Early roman armies*, Col. "Men at arms", Londres, Osprey Military.
- Souza, P. 2008. *La Guerra en el Mundo Antiguo*, Madrid, Akal.
- Warry, J. 2011. *Las conquistas de Alejandro Magno*, Col. "Grandes batallas", Barcelona. Osprey publishing.

Artículos de revista

- Hammond, Nicholas Geoffrey Lemprière. 1984. "The Battle of Pydna", En The Society for the Promotion of Hellenic Studies "The Journal of Hellenic Studies", Vol. 104, Londres, pp. 31-47.
- Hammond, Nicholas Geoffrey Lemprière. 1988. "The Campaign and the Battle of Cynoscephalae in 197 BC". EnThe Society for the Promotion of Hellenic Studies, The Journal of Hellenic Studies, Vol. 108, Londres, pp. 60-82.
- Llantén Quiroz, Nicolás. 2017. "¿Impedimenta superior?: el pilum en la conquista romana del Mediterráneo. S. III a I a.C." En I Jornadas Internacionales de Historia e Historiografía de la Guerra, Mendoza, Argentina., 8 y 9 de junio.
- Quesada, Fernando. 2003. "Alejandro: Espejo de generales, el genio de la guerra", La Aventura de la Historia 59, septiembre, Madrid, pp. 68-75.

- Sierra Estornés, David. 2011. "El combate en la Roma republicana: una aproximación a las características generales de la batalla antigua", *El Futuro del Pasado*, 2, España (revista electrónica), pp. 131-146.
- Vela Tejada, José. 2014. "Εμπειρία, πόλεμος y ιστορία en el método historiográfico de Polibio", *Talia dixit* 9, Badajoz, pp 1-21.
- Zhmodikov, Alexander. 2000. "Roman Republican Heavy Infantrymen in Battle (IV-II Centuries B.C.)", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Bd. 49, H. 1 (1st Qtr., 2000), pp. Stuttgart, 67-78.